

**LUCHAS, LACHES Y LACHUNOS.
EPIFANÍAS EN LA MEMORIA DEL BARRIO Y SUS HABITANTES ***

*Struggles, Laches and Lachunos. Epiphanies in
a Neighborhood and its Residents' Memory*

ANGÉLICA JULIANA GUERRA RUDAS **
Universidad Nacional de Colombia · Bogotá

* Este artículo recoge los resultados de la monografía de grado para optar al título de Socióloga. Se realizó durante el año 2008 y se titula *De laches a lachunos.*

Memorias de la creación de un barrio bogotano.

** ajguerr@unal.edu.co

Artículo de investigación recibido: 22 de julio del 2009 · aprobado: 24 de septiembre del 2009

RESUMEN

El presente artículo describe un proceso en el que la memoria se vuelve colectiva (desde la persona individual hasta el grupo barrial), por medio del relato de eventos pasados que contienen significados particulares para los narradores. Con base en esto, se sustenta la urgencia de desarrollar una reflexión sobre el carácter, la existencia y los usos de la memoria en la actualidad, una propuesta que se enmarca en la discusión política sobre la manera en que es visto el barrio desde la academia. A lo largo del artículo se desarrollan tres temas fundamentales, que están interrelacionados: la memoria, el barrio y las lecturas (internas y externas) que de este se hacen. El escrito es un ejercicio que conjuga relatos (propios y otros consignados en textos y entrevistas), los cuales forman un cuerpo narrativo continuo y dan cuenta de los hechos relatados, de la discusión académica de fondo y, en general, del proceso de investigación.

Palabras clave: *memoria colectiva, comunidad barrial, historia oral, historia de vida, epifanía.*

ABSTRACT

This paper describes a process by which memory becomes collective (from an individual person to the neighborhood group), through a narration of past events that contain particular meanings for the narrators. Based on this, the urge to develop a reflection about the current nature, existence and uses of memory, a proposal framed in the political debate about how the neighborhood is seen from academy. Throughout the article, three main correlated topics are approached: the memory, the neighborhood and the readings (internal and external) made about it. This writing is an exercise that conjugates narrations (from the residents and other taken from texts and interviews), that conform a continuous narrative body and fully account for the narrated events, the deep academic debate and, generally, the research process.

Key words: *collective memory, neighborhood community, oral history, life history, epiphany.*

INTRODUCCIÓN

Los Laches es un barrio de Bogotá ubicado en los Cerros Orientales, muy cerca del centro de la ciudad. Allí, como en muchos otros barrios, durante la década de 1960 se llevó a cabo un proceso de urbanización liderado por los gobiernos municipal y nacional. El presente artículo es un ejercicio de reconstrucción de la memoria oral alrededor de dicho evento, a partir del cual se desarrolla una reflexión, por un lado, acerca de la constitución de una memoria barrial y, por otro, del diálogo que se da entre sus habitantes y el investigador.

La investigación empezó con la historia de don Pablo, un hombre que fue a Cabo Cañaveral, invitado por el gobierno colombiano, para ver el despegue del Apolo 11 en 1969. Don Pablo era un policía retirado que por esos años había sido elegido el *Mejor policía del año* por su labor con los adolescentes y niños residentes, en el marco del Plan de Erradicación de Tugurios del Barrio Modelo Los Laches. En el 2003, al cumplirse cuarenta años de levantado el barrio, esta persona organizó una celebración en el negocio de su hijo —un supermercado del barrio—, que consistía en la exposición a pequeña escala del Apolo 11, como representación de los logros y el progreso experimentados por el barrio y su gente. Don Pablo tiene una colección de recuerdos sobre la construcción del barrio, una serie de fotografías, recortes de periódico, documentos y demás, que evidencian la evolución constante, paso a paso, de una comunidad empeñada en mejorar su condición y calidad de vida.

A partir de esta historia se quiso explorar el componente narrativo-creativo del relato de memoria enmarcada en el espacio barrial. En la recolección de relatos sobre el barrio se encontraron nuevas versiones relacionadas con diversos temas, en algunas de las cuales primaban los relatos de vida, de la cotidianidad en el barrio, los relatos heroicos de la historia nacional; además, los relatos y las explicaciones sobre los indios laches y su relación con la insurrección comunera, sobre el proceso de urbanización y modernización del “monte” donde se asentó el barrio, sobre los personajes que desde dentro y fuera colaboraron en su desarrollo, entre otros.

Con todos estos elementos a mano, a continuación se describe un proceso de colectivización de la memoria, que comienza en la persona individual y, aunque no termina en el grupo barrial, se forma allí, a

través del relato de acontecimientos, lugares y personas que contienen significados particulares para la vida de quienes narran. El concebir la memoria de la forma como aquí se hace no es gratuito ni se enmarca en la discusión sobre el carácter ontológico de aquella; en cambio, tal concepción tiene que ver con una discusión política sobre la manera como el barrio es visto por parte de la academia. Desde esa óptica, se sustenta la necesidad y urgencia de desarrollar una reflexión sobre el carácter, la existencia y los usos de la memoria en la actualidad.

A lo largo del artículo se desarrollan tres temas fundamentales que están interrelacionados: la memoria, el barrio y las diferentes lecturas, internas y externas, que de este se hacen. El texto conjuga los relatos de textos, de entrevistas y los míos.

Cuatro personas hablan en lo que sigue: Mariela, Carmen, Miguel y Pablo¹, llamados por sus nombres a secas (aquí cambiados), pues así son conocidos, recordados y respetados por los y las habitantes del barrio Los Laches. Estas personas por años han “vivido el barrio” y lo han construido: en sus relatos se pueden encontrar *puntos significativos de confluencia*, desde los cuales se piensa el barrio constituido.

La tesis principal aquí es que no todos los relatos se constituyen en memoria colectiva del barrio (lo que implicaría hacer un recorrido desde el grupo hacia los individuos), pero sí dan pistas —lugares, momentos, personas, relaciones— para construirla.

LA MEMORIA

La memoria es una capacidad que le permite al humano desenvolverse en el mundo y conocer los objetos y las personas que hay a su alrededor. Antes de inventarse la escritura, la organización social se basaba en el uso de la memoria, y aunque con la escritura su importancia fue decreciendo hasta el mínimo, en los últimos años ha surgido un nuevo interés, ante los estragos ocasionados en el tejido social por eventos como el *apartheid*, la Shoá, las dictaduras en el Cono Sur y los conflictos armados internos y externos en general (Schwarzstein, 2002; Jelin, 2002).

1 Las entrevistas a estas cuatro personas, relacionadas al final del artículo, fueron llevadas a cabo en diferentes fechas y recuperadas como historias de vida por la autora. [Nota del editor].

La memoria como tema de estudio —y de transformación social también— aparece en esta época como una capacidad que “se las arregla, a veces, para sobrevivir a las censuras del poder y a los silencios de la historia” (Eco, citado en Mendoza García, 2004: 12), pues silenciada en medio de vejaciones reaparece a través de mecanismos alternativos prácticos y orales (Connerton, 1996; Fentress & Whickham, 2003). La memoria sirve como testimonio de los vencidos, da la palabra a experiencias olvidadas por la historia, siendo más una posibilidad que un objeto terminado; es la posibilidad de explicarse y de explicar el mundo a través del relato o la práctica misma de relatar.

Los trabajos de construcción de memoria han evidenciado el poder que tiene esta en la constitución de identidades religiosas, políticas y culturales, que permiten a los pueblos pensarse en el futuro y proyectarse como grupos. De ahí la importancia de construir la memoria a partir no solo de eventos “traumáticos”, sino de todas las cosas en general que dan sentido a la vida de las personas, individual y colectivamente. Dentro de ese interés se enmarca el presente trabajo.

Distintas corrientes han trabajado la memoria como fenómeno individual y fenómeno social. Aquí se parte de entenderla como un relato vivo, como la capacidad humana y subjetiva de recordar eventos pasados; la memoria “no se ordena como un texto físico, sino [...] como el mismo pensamiento. No es un receptáculo pasivo, sino un proceso de reconstrucción activa, en la que los elementos pueden detenerse, reordenarse o suprimirse” (Fentress & Whickham, 2003: 62); así mismo, está supeditada al presente y se encuentra cargada de significados para quien narra: “porque es del orden de los afectos y mágica, la memoria no acepta sino los detalles que le convienen, se alimenta de recuerdos indefinidos, telescópicos, globales o flotantes, particulares o simbólicos” (Nora, citado en Schwarzstein, 2002: 475).

Así, el pasado se construye a diario; los recuerdos, por su parte, son los que mantienen alguna relación significativa con el presente porque son evocados desde este. La memoria se compone de experiencias personales de vida, pero no de cada una en particular sino del conjunto de ellas, que son las que constituyen la vida individual; la memoria no es una sumatoria de hechos que producen diferentes efectos, sino una construcción particular de los individuos, que les permite dar sentido a su propia vida y ponerla en relación con el entorno. Pero

la memoria tiene un carácter colectivo o social, dado que se recuerda a partir de marcos sociales específicos (Halbwachs, 2004): tanto la manera de captar situaciones como el proceso de recordar están condicionados por el entorno (Fentress & Whickham, 2003).

Quienes cuentan la historia del barrio, lo hacen desde sus experiencias particulares. Sus relatos a veces se encuentran en lugares o con personas, pero ninguno es igual al anterior o al siguiente, como tampoco lo es el mío, este que cuento. Cada persona entrevistada hizo un ejercicio interior, a través del cual buscó por dónde empezar, cómo continuar y dónde terminar. En el proceso se ponderaron unas situaciones u opiniones respecto a otras, y también se omitieron muchas.

LOS LACHES

Los indios laches habitaban cerca del río que los españoles llamaron Sogamoso o Chicamocha, que entra en el Río Grande de la Magdalena luego del pueblo de La Tora. Los trajes, la lengua, el habla y las supersticiones de esta gente lache eran muy diferentes de los de la gente del Reino llamado Moxcas²:

El primer pueblo de esta provincia de los Laches donde los españoles llegaron, fue uno llamado Ura, cuyos moradores salieron de sus casas con las armas en las manos, que son muy largas lanzas de palma, a resistir y rebatir los españoles que por sus casas se entraban, que serían hasta cuarenta hombres que iban de vanguardia, los cuales unos con otros anduvieron un buen rato porfiando con las armas, los unos por entrar, los otros por defender sus casas (Aguado, 1956 [documento en línea]).

Esto lo contaba en su época fray Pedro de Aguado, reconocido cronista de la conquista española. Hoy, algunos de quienes participaron en el proceso de legalización del barrio Los Laches recuerdan el origen de este nombre de diferentes formas.

Hay un precedente más, el anterior, y es que había la finca que tiene la misma denominación de la gente que realmente estuvo acá, en aquella época. [...] Su personaje [el indio lache] terminó su vida en Bucaramanga, [...] entonces en homenaje a ese personaje se le

2 Los muiscas.

dio la denominación, porque dejó algo de obra y tuvo motivos. No se duda de que, según la historia, por acá siguieron su recorrido y de que algo dejaron para recordarlos, [...] posiblemente su forma de ellos realizarse y de pelear por eso. [...] El indio lache es muy progresista, no era lo que se decía de ellos, que eran unas personas conflictivas.³

[...] no sé porque, de pequeñita, yo... mmm, lo llamaban Los Laches y Los Laches y Los Laches... dónde vive, en Los Laches. Y yo sí digo ahora que diagonal y transversal y no sé qué, porque aquí qué diagonales ni qué nada; aquí era lomas y ranchos y caminos, sí, eso no.⁴

La idea de Los Laches como *barrio* tiene que ver con la construcción de la urbanización en el año 1963; antes se lo concebía como un aglomerado de ranchos.

Aquí era muy pobre, muy pobre, sí. Calle de barro, de herradura, sí, camino de herradura. Después habían casas, habían marranos, marraneras, esto era una eucaliptera, eso eran eucalip-tos. Íbamos a las manas a traer agua, en la quebrada lavábamos.⁵

La urbanización barrio Los Laches fue un proyecto de la Caja de Vivienda Popular, planeado en un terreno poblado bastante tiempo atrás, que consistía en la venta de casas a los antiguos habitantes y también a “quienes más lo necesitaran”⁶. Las casas que se ofrecían eran muy baratas, ya que la venta se hacía con promesa de autoconstrucción. Las personas interesadas en obtener una casa debían solicitar un formulario; al llenarlo, y luego de ser aceptadas, se convertían en “adjudicatarios”, asumiendo un crédito a mediano o largo plazo y comprometiéndose a trabajar todos los sábados y domingos en la construcción de la urbanización con los materiales que la Caja de Vivienda Popular les asignaba. Una vez terminadas, manzana por manzana, las casas eran entregadas

3 Historia de vida, entrevista de Juliana Guerra a don Pablo, Bogotá, mayo del 2008.

4 Historia de vida, entrevista de Juliana Guerra a la señora Mariela, Bogotá, marzo del 2008.

5 Entrevista a la señora Mariela, Bogotá, marzo del 2008.

6 Este proyecto hacía parte del Plan Nacional de Erradicación de Tugurios.

al azar y en obra gris, para que el nuevo propietario se mudara y la terminara al tiempo que pagaba su crédito.

En Los Laches existen hoy alrededor de cuatrocientas casas que hacen parte de la urbanización, y el sector se ha extendido hacia los lados, donde se han fundado en los últimos cuarenta años barrios como El Parejo, El Dorado, El Rocío, Girardot, Santa Rosa de Lima, entre otros.

Pero el origen de este barrio se remonta a la Colonia. Este monte, que se alza justo al lado del trazado original de Santafé, que empezó a poblarse casi al mismo tiempo que la fundación de la ciudad, pero cuya existencia se ha debatido entre el reconocimiento y el desconocimiento por parte de la historia, a mediados del siglo XIX era considerado, según Cordovez-Moure (2004: 76), así:

[...] al sur del camino de La Peña se halla la colina maldita, de arenisca roja y raquílica vegetación, solo visitada de cuando en cuando por alguna cabra cerril que huye azorada de esos lugares de aspecto siniestro, al oír los quejidos prolongados y lúgubres de la brisa o los bramidos del espantoso huracán que azota los flancos de aquellas rocas inhospitalarias.

Son muchos los relatos que se han contado y que aún hoy se cuentan de este lugar. Algunos dicen que el pintor neogranadino Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, cuando cayó en la miseria, iba allá a tomar chicha hasta emborracharse; dicen también que Simón Bolívar se hospedó en el Santuario de La Peña⁷ cuando libraba la Campaña Libertadora; e incluso cuentan que la misma capilla fue construida porque en el siglo XVIII un militar español encontró cerca de ese lugar, en el Alto de la Cruz, una roca con imágenes de la Sagrada Familia. En ese momento se procuró bajar la roca hasta el casco urbano, pero esta descendió hasta cierto punto, del que no fue posible que la fuerza humana la moviera, exactamente donde reposa hoy, en un salón del Santuario. Estos y muchos otros relatos se conocen más por la tradición popular que por los registros oficiales y han servido para dar sentido al barrio y sus alrededores.

7 La Ermita Primitiva de la Peña Alta fue edificada en 1686 de bahareque y paja. De cal y canto se hizo en 1714 por el maestro albañil Dionisio Peña, pero se derrumbó en 1716. Se bajaron entonces las imágenes, desprendiéndolas de la roca o Peña, al sitio actual donde se edificó la nueva iglesia en 1722.

LA MEMORIA DEL BARRIO

El barrio comenzó a ser un tema de interés a partir del siglo XIX; después de la Revolución Industrial fue visto de dos maneras distintas: por un lado, como indicador de miseria respecto a las condiciones de vida de los trabajadores, otorgándole un sentido negativo en tanto se le pensaba en términos de segregación y exclusión urbana, como un rasgo distintivo e indicador de la situación de explotación y desigualdad característica del modo de producción moderno-capitalista. Por otro lado, representaba un ideal de vida comunitaria, una utopía constituida a partir de la solidaridad de clase que se enfrentaba al “caos” urbano moderno. La ciudad era el escenario que permitía esta ambivalencia en la idea del barrio, pues era allí donde se presentaba la paradoja de vivir en la completa indiferencia aun en la proximidad (Gravano, 2005).

En general, en la bibliografía sobre el *barrio* este concepto no es trabajado como un término en sí, es decir, como un tipo de relación basada en la vecindad u otros factores, sino como sinónimo de acciones colectivas llevadas a cabo, casi siempre, por clases populares urbanas provenientes de ambientes rurales (Chourio, 2001; Massolo, 1994; McDonogh, 1992; Schulman, 1967; Truex, 1996). En este sentido, el barrio ha sido presentado como un momento de tránsito de la vida rural a la urbana, así como de relaciones de tipo premoderno a otras de tipo moderno (Gravano, 2003). Al hablar de barrio, por lo general, no se hace referencia a la ciudadanía sino a un estado anterior, a un tipo de relación que no satisface el ideal de ciudad, de cultura urbana, y sí a un tipo de identidad municipal (Viviescas, 1986).

La comunidad barrial “significa mismidad, en tanto que ‘mismidad’ significa la ausencia del Otro, especialmente de otro obstinadamente diferente” (Bauman, 2003: 137). En los trabajos sobre el barrio, en su mayoría sobre movimientos barriales, parece haber una intención de entenderlo bajo el concepto clásico de *comunidad*, es decir, como un grupo con valores, costumbres y creencias compartidas, cuya acción está inspirada en el sentimiento de que los participantes constituyen un todo y cuyas relaciones internas son de carácter afectivo y basadas en la tradición. En el Tercer Mundo, los barrios se han construido en su mayoría por la expansión de los cascos urbanos, por un lado, y, por otro, por las migraciones rurales motivadas por la búsqueda de mejores oportunidades o por la violencia, como es el caso de Colombia.

Por esto, en los estudios de barrios siempre se ha visto la influencia de una cultura rural en su configuración (Ramírez, 1981; Torres, 1999).

Para el caso de Bogotá, el barrio no es una división administrativa coordinada de antemano por el gobierno urbano, sino una formación histórica y cultural construida por los habitantes (Torres, 1999). La mayoría de trabajos sobre los barrios de la ciudad hacen referencia a clases populares que realizaron invasiones ilegales de terrenos y, posteriormente, libraron una lucha contra el gobierno por la legalización de estos (Torres, 1993). Son emblemáticos los casos del barrio Policarpa y de algunos barrios de Chapinero y el suroriente bogotano, que en los años sesenta se crearon en estas condiciones.

La historia barrial en Bogotá se ha recuperado sobre todo por la memoria de sus habitantes, hecho que tiene mucho que ver con la manera como se han formado los barrios: como asentamientos no planificados, en muchas ocasiones ilegales, que han experimentado procesos de lucha para su inclusión dentro del sistema urbano. Algunos autores establecen una diferencia entre los barrios populares de invasión y los que han sido construidos por proyectos institucionales, señalando que en estos últimos sus habitantes han estado guiados por un pensamiento pragmático, razón por la cual, para ellos, el *barrio* tiene una *menor significación*, a diferencia de lo que es el barrio popular para sus habitantes (Torres, 1993).

De acuerdo con lo observado durante la investigación en Los Laches, la atribución —directa o indirecta— de significado es una constante aplicable no solo a los barrios populares de invasión, sino a todos los barrios, aun cuando hayan surgido de proyectos institucionales. Los trabajos sobre memoria barrial en Bogotá son la conjunción de dos temas o corrientes de investigación diferentes: por un lado, los estudios urbanos —de ahí el interés por las formaciones barriales— y, por otro, el estudio de la memoria, de la historia oral, que se interesa por los silencios de la historia y se pregunta por el más allá de la Historia oficial. Estos enfoques han llevado a reducir la *memoria barrial* a la memoria de las luchas por el territorio de algunos grupos de personas en condiciones particulares.

Vale la pena señalar que muchas de las luchas barriales adelantadas en Colombia durante la década del sesenta fueron lideradas por la Central Nacional Provienda, entidad perteneciente al Partido Comunista Colombiano.

Aquí, cuando se habló de urbanizar, se hizo una reunión; que si nos hacíamos con la Caja de Vivienda Popular (había tres instituciones que hacían eso: la Caja de Vivienda Popular, la Central Provienda y el Instituto de Crédito Territorial)... y aquí se decidió por votación que lo hacíamos con la Caja de Vivienda Popular.⁸

Actuar con el gobierno o en su contra no es lo mismo que actuar con una institución o sin ella; en cualquier caso, no se habla de un proceso adelantado espontáneamente por un grupo, sino de procesos adelantados bajo el liderazgo de diferentes instituciones, las cuales defienden ciertos intereses, enfrentados en muchas ocasiones. Las personas que se unían a Provienda, por ejemplo, debían comprometerse a actuar de acuerdo con los planteamientos generales del partido, teniendo como exigencias no tratar de ampliar la casa que le había sido asignada, no vender o no subarrendar, entre otras (Salas, 1998).

La presente investigación, que indaga la memoria que se tiene del barrio, no se limita al recuerdo de su creación, en primer lugar, porque ese proceso duró aproximadamente treinta años y, en segundo lugar, porque se parte de pensar que —aun cuando el barrio se haya construido mediante un programa gubernamental— el proceso de construcción y toda la vida que posteriormente —y anteriormente también— se desarrolló en ese territorio son elementos que dan y contienen significados para las personas que habitan allí.

LA MEMORIA EN LOS LACHES

En entrevistas abiertas a los habitantes de Los Laches, se recogió parte de la historia del barrio, construida discursivamente con apartes de la historia nacional y del barrio, de la familia y los gobiernos, las aventuras y desventuras. En el relato de recuerdos hay una continuidad entre la Historia (oficial) y la experiencia, entre lo que se sabe y lo que se oye, entre lo objetivamente cierto y las versiones particulares de sus protagonistas. Los elementos del relato, a saber, explicaciones, descripciones, ficciones y realidades, en conjunto forman las narraciones.

⁸ Entrevista a don Pablo, Bogotá, mayo del 2008.

Miguel, por ejemplo, quien cuenta la llegada de Los Laches a Bogotá junto con las movilizaciones comuneras, interpretaba su propia historia. Al referirse a los Comuneros, dice que:

En una ocasión, el virrey que gobernaba esta colonia y Santafé de Bogotá, ordenó unos gravámenes muy escandalosos, o sea impuestos, ellos los llamaban gravámenes; y se reunió la gente y Manuela Beltrán, una señora muy enérgica, muy bien formada, arrancó el edicto de la pared, lo rompió y lo *patió* y todo el mundo la respaldó. Entonces resolvieron todos que había que marchar hasta Santafé para tumbar esos gravámenes y venir y hacerle la bronca al virrey; entonces se armaron, no se vinieron a la bulla, y de todos esos pueblos se les unió gente y marcharon a pie, armados con sus machetes, peinillas —las armas de fuego eran muy escasas, pero algo tenían—, se vinieron armados, con víveres y con platica y toda esa vaina.

Y refiriéndose a la historia del barrio, en la cual él participó:

En el Guavio [barrio contiguo a Los Laches] habían fijado un edicto (antes los decretos los fijaban, hoy salen en el diario oficial) [...] y el bendito alcalde de esa época lo fijó en el Guavio y no entró aquí a Los Laches, y era en el que nos anunciaban que esto se iba a convertir en cementerio y que nos iban a echar. Entonces por eso fue que se reunieron en la cancha de don Simón y resolvieron organizar una manifestación para ir a caerle al alcalde, todos con banderas, pero se fueron armados, sus peinillas, cuchillos, escopeta los que tenían, armados, bueno, y bajaron de Egipto para abajo por la décima, bien formados y bien armados y todo.⁹

Miguel decía que era Jorge Gaitán Cortés¹⁰ quien les había contado la historia de cómo los laches habían llegado a Bogotá. Ya antes los del barrio se habían organizado para exigir su derecho sobre la tierra que habitaban. Sin embargo, la descripción de una acción y otra resultan

9 Historia de vida, entrevista de Juliana Guerra a don Miguel, Bogotá, septiembre de 2007.

10 Jorge Gaitán Cortés fue alcalde del Distrito Especial de Bogotá entre los años 1961 y 1966. Es muy recordado entre las clases populares por políticas como la construcción de urbanizaciones populares o la reubicación de vendedores ambulantes, entre otras.

reiterativas. Aquí es posible ver cómo en la narración la Historia (nacional) se convierte en parte integrante de la historia o el relato (local): el levantamiento comunero, hito de la fundación de la nación colombiana, por ser un levantamiento colectivo liderado por gente del común y no por miembros de la élite, da sentido a otro hito, el de la construcción del barrio, el cual conserva la misma estructura formal del levantamiento.

Nosotros vivíamos como en el campo, con vacas, con ovejas, con gallinas, con marranos que los cuidaban con sacachines¹¹ de aguardiente, de los cafuches¹².

En este barrio hubo mina de carbón mineral, que es allá donde son las canchas de fútbol ahora; allá era la mina, por eso dicen “las Canchas de la Mina”, porque ahí era la mina de carbón mineral [...]. Antes, las casitas eran de lata, tejado de lata, las paredes eran todas de lata también; otras paredes, de barro, de adobe y así, y vivíamos como se podía.

Cuando se formó el movimiento de los Comuneros, continúa Miguel,

[...] al pasar por un sitio entre Santander y Boyacá, se les unieron los indios laches. [Al llegar a] Zipaquirá, el canónigo Rosillo y otras personalidades los calmaron, les dijeron que “tranquilos que esto se iba a arreglar, que no se iban a cobrar esos gravámenes, que podían regresar a sus tierras tranquilos”, y los traicionaron. [Todo el mundo se devolvió a su tierra, pero los indios laches] se vinieron a patica desde Zipaquirá, y dieron con [...] la familia González, una de las familias más ricas que tuvo Santafé de Bogotá; [...] eso tenían capilla, cementerio, horno, todo el cerro era de los González, incluyendo esta tierra, Los Laches, y aquí ellos explotaron el carbón y los indios les cayeron, pero [fue] lo mejor que les pudo llegar, [pues eran] buenos trabajadores.¹³

11 *Sacachín*. Se le llama así a un producto parecido a la papa —camote, en el Perú—, que servía para alimentar marranos y para preparar un aguardiente artesanal llamado tapetusa.

12 *Cafuche*. Es el nombre coloquial que se le da en Colombia al marrano saíno. Sin embargo, en el testimonio se está haciendo referencia a los indios, los habitantes más antiguos del barrio que tenían marraneras y producían el tapetusa.

13 Entrevista a don Miguel, Bogotá, septiembre del 2007.

[Luego] echaron a hacer las casas y me vine para acá porque el papá de mis hijos era coordinador de esta manzana, toda esta hasta abajo; cada manzana tenía un coordinador, sí, entonces él cogió esta casa.¹⁴

Me vine a vivir a Los Laches, [...] yo sufría tanto porque no tenía plata, me sacaban porque no tenía para pagar el arriendo. Entonces yo fui a la iglesia y le dije: “padre, pasa esto y esto, necesito que me ayude porque estoy sola y mis hijos están muy pequeños; no los puedo poner a trabajar ni a hacer nada”. Entonces me dijo el padre que iba a hablar para conseguirme algo en Los Laches, unas casitas para los pobres por el Santuario de Nuestra Señora de la Peña, ahí había cinco casas.¹⁵

[...] uno de los compañeros de la primera junta propuso que como estábamos tan desacreditados, que los indios laches eran tan jodidos —es que darle una cachetada a un lachuno era tener que pelear con todo el mundo—, [entonces] él proponía ponerle Teusaquillo del Centro, y el doctor Jorge Gaitán cogió y le dijo: “qué Teusaquillo ni qué carajo”, y él fue el que nos contó la historia que yo le estoy contando. Entonces supieron por qué se llamaba Los Laches y quiénes fueron los que vinieron y los que vivieron.¹⁶

Viniendo yo aquí al Guavio, me venía a pie, y me decían: “hasta aquí, agente, es muy bueno, pero de aquí para arriba esto sí es peligrosísimo”. [...] Cuando yo pasé aquí los niñitos me miraban como los ratones que miran al gato, corrían, les daba susto; entonces yo los llamaba y sacaba los dulces. [...] Y fue aquí que le vi ese estímulo a la gente y logré realmente dar este paso; entré en el lugar donde decían que la gente hacía cosas lamentables y resulta que no era así, las cosas eran muy diferentes en todo el país. Esto era un poco difícil pero para mí no me importó y me dije: aquí voy a hacer labor.¹⁷

EL CAMINO DE LA MEMORIA

Los relatos de vida son narrativos en tanto están compuestos de significados (Denzin, 1989; Bauer, 2000), de manera que el lenguaje no es un objeto ni es evidencia empírica de algo ni es una ventana

14 Entrevista a la señora Mariela, Bogotá, marzo del 2008.

15 Historia de vida, entrevista de Juliana Guerra a la señora Carmen, Bogotá, junio del 2008.

16 Entrevista a don Miguel, Bogotá, septiembre del 2007.

17 Entrevista a don Pablo, Bogotá, mayo del 2008.

al mundo de lo real, sino una mediación significativa, una serie de mecanismos y herramientas en la construcción de textos —orales o escritos— creativos (Denzin, 1989). El relato de vida comprende dos dimensiones: una cronológica: la narrativa como una secuencia de episodios; y otra no cronológica: la existencia de un todo que trasciende los eventos sucesivos. Ese todo es la trama, que da coherencia y significado a la narración; así se determina un comienzo y un final para la historia, que proporcionan el contexto para entender los eventos, los actores, las descripciones, las metas, los preceptos morales y las relaciones que allí se relatan (Bauer, 2000).

Dos elementos están presentes en las biografías: por un lado, las experiencias de vida —la existencia de una conciencia— y, por el otro, la persona, entendida como una creación cultural, es decir, dirigida al mismo tiempo por un universo interno de pensamiento y existencia y por otro externo de eventos y experiencias, unidos en un proceso fenomenológico y de interacción. En los relatos están presentes elementos objetivos (como la apropiación de terrenos) y subjetivos (como la concepción de la propiedad privada):

Esta casa es esquinera, yo debía de haber tenido todo hasta terminar la cuadra, sino que yo, por pendeja, yo no sabía, yo no sabía eso, que yo podía coger todo hasta la calle, yo pelié fue por el lote, pero a mí me pertenecía hasta la esquina.¹⁸

Las personas dan coherencia a sus vidas en el acto de escribir o hablar de su autobiografía, sacando a la luz narrativas que están en medio y grandes ideologías que la estructuran, pues la vida y las historias sobre esta tienen las cualidades de un *pentimento*, un dibujo que ha sido tapado y —con el tiempo y el desgaste de la pintura que lo cubre— aparece de nuevo (Denzin, 1989).

En lo que sigue se hace una interpretación en busca de *epifanías* en los relatos de vida, de momentos y experiencias de interacción que dejan marcas en la vida de las personas, actos existenciales.

El sentido que tiene la propiedad para Mariela, por ejemplo, está dado y legitimado por una idea del trabajo que aparece repetidamente en su vida:

¹⁸ Entrevista a la señora Mariela, Bogotá, marzo del 2008.

Esta casa [no] fue casa normal, sino que yo apunté fuerza de mi trabajo y lo que mi Dios me ha dado. Yo la arreglé. Aquí era tres piezas y la sala era como el zaguán, pero más ancho. Y yo he arreglado la casa, a punta de fuerza y de mi trabajo.¹⁹

Denzin propone cuatro formas de epifanías interconectadas: 1) un evento o *epifanía mayor*, que toca todos los elementos de la vida del sujeto; 2) un evento representativo o *epifanía acumulativa*, esto es una erupción o reacción a experiencias que se dan por largo tiempo; 3) un evento o *epifanía menor* que representa simbólicamente a otro mayor, un momento problemático en una relación o en la vida de una persona, y 4) una *epifanía revivida*, un episodio cuyos significados se dan en la actualización de la experiencia (Denzin, 1989). La epifanía mayor de cada uno de los cuatro narradores de la historia de Los Laches se conecta en diferentes puntos. De igual forma, en los relatos personales las epifanías se mezclan e interrelacionan, pues se construyen a partir de un orden significativo que conlleva toda la narración.

Cuando echaron a urbanizar este barrio yo fui una de las fracasadas, sí. [...] Yo estaba recién, cómo le digo, parida, recién parida de un niño; tuve un incendio cuando los soldados vinieron a hacer [...] un asado y una fiesta. Yo tenía un niño enfermo de siete años y desafortunadamente el soldado estaba, yo no sé, estaría enmariguanado, yo no sé, entonces llegó y prendió candela y se fue y se arrimó con un galón de gasolina y llegó y prendió candela, y cuando eso el niño estaba en la puerta, yo estaba peinando la niña, una niña de cuatro años y medio; el niño tenía siete, se llamaba Ricardo, y la niña se llamaba Amanda, muy bonitos mis hijos; y ellos se quemaron en ese festival, un 12 de octubre, pero no me acuerdo de qué año. Y ahí me llevaron mis hijos para el Hospital Militar y en el Hospital Militar se murieron.²⁰

La primera relación que Mariela establece entre ella y el barrio es la muerte de sus hijos, pero en el resto de su relato también está presente la muerte, que no solo une a Mariela con la urbanización del barrio,

19 Entrevista a la señora Mariela, Bogotá, marzo del 2008.

20 Entrevista a la señora Mariela, Bogotá, marzo del 2008.

sino con todos los elementos de la vida; la muerte es su epifanía mayor. Mariela describe a sus familiares así:

Se murieron y yo quedé con mi hermano menor; somos los dos menores, mujer y hombre. Yo vi todo eso ahí; la muerte de mi mamá, me tocó sepultarla; mis hermanos, a todos ayudé a sepultarlos, a todos. Yo me acuerdo cuando mi madre tuvo gemelas, una mona y otra morena, y las echaron en una caja de bocadillos, en una caja de madera de bocadillos veleños, cómo sería, eran chiquiticas. [...] Mis otros hermanos nacieron acá, pero entonces ellos se murieron, ya grandes también, yo me acuerdo, mis hermanos mayores, mi hermano Vicente, mi hermana Eloísa, mi hermana Sofía, mi hermano Esteban, mi mamá, mi papá, yo los vi morir; a mi papá, yo lo vi morir también.²¹

Los hijos de Mariela también están presentes en el relato de su vida, y esto ocurre también en el relato de Carmen, para quien la condición de madre es su epifanía mayor. La historia de Carmen es casi igual a la historia de su mamá: ocho hijos que no cuentan con un padre, y lo que esto significa en su vida.

A los veinte años conocí yo a mi primer esposo; con él tuve mis ocho hijos. [...] Nos conocimos y ahí ya hubo la primera hija que es Estela, que tiene ya 42 años; después sigue Alfonso, después sigue Patricia y después Juanca, el que está en España; después sigue Johnsito, que trabaja en Cafam [una cadena de supermercados], y después sigue Martica, la que tiene la cafetería; después ¿qué?... Melba, que es enfermera y trabaja en el Hospital Cardiovascular, y después Andrés, y él pues es bachiller y está estudiando en el SENA [Servicio Nacional de Aprendizaje] y trabaja por ratos en Olímpica [otra cadena de supermercados].²²

El ser madre soltera de ocho hijos le implica a Carmen dedicar su vida al trabajo, sin descanso, para sacarlos adelante; entonces el trabajo se convierte en su punto de referencia con ellos. Continúa Carmen:

21 Entrevista a la señora Mariela, Bogotá, marzo del 2008.

22 Entrevista a la señora Carmen, Bogotá, junio del 2008.

Yo sabía que tenía que ser papá y mamá, tenía que trabajar por días y por las noches me tocaba llegar a trabajar haciendo empanadas, para el otro día que mis hijos, los más grandecitos, fueran y llevaran los pedidos, y con eso había que para la comida de ellos, para libros, para los zapatos, lo que necesitaban pa'todas las necesidades del hogar.

Durante veinte años, Carmen fue madre comunitaria en el barrio:

Me tocaba ir a Bienestar Familiar a hacer cursos: cómo debía tenerlos educados, el aseo de ellos, todo lo relacionado al cuidado de los niños, y me hice fama de tener un buen jardín, bien cuidados, limpios y sanos [...] y ahora a todos esos niños que yo criaba y que ahora tienen veinte años, yo veo dos que pasaron al vicio, los cojo y les digo: “¿Usted se acuerda de mí?, por más que usted se sienta mal, no debe estar así; mire, mi madre se murió a los treinta y seis años, murió muy joven y yo no tuve estudio, ¿y usted cree que por eso yo me iba a dejar a entregar al vicio?, no señor”.

El trabajo para ella tiene un significado claro, que es salir adelante, superar las condiciones desfavorables en que ha crecido, tanto para ella como para sus hijos. Esa misma idea de salir adelante dirige los relatos de Miguel y de Pablo, aunque de maneras distintas.

Movimos los postes de la luz, movimos el del teléfono y rompimos el alcantarillado; hicimos cámaras de caída. [...] Y nos dieron un premio muy lindo, el Caracol del Progreso como la mejor Junta de Bogotá, ora, y eso por haberlo abierto. Le dimos transporte a diez barrios, y eso cerveza por palos, todo el mundo contento, esos lachunos; y mire tan ordenados y tan buenos trabajadores.²³

La epifanía mayor de Miguel es salir adelante:

Entré un día a la plaza grande: “Señor, ¿puedo coger esta fruticá?” “Sí, cójala mijo”. “¿Puedo llevar esta?” “Sí, busque un taleguito y se lleva eso”. [...] Un día vi una señora con dos canastos y le dije: “Señora, ¿le ayudo a hacer mercado?” “No, mijo, no tengo con qué pagarle”. Y le dije: “Pero cuando llegue a la casa ¿no me podrá dar un cafecito?”. Dijo: “Sí, mijo, eso sí”. Y la llevé a comprar de todo, y qué mercado

23 Entrevista a don Miguel, Bogotá, septiembre del 2007.

tan bueno. [...] Sacó un cofrecito y sacó una monedita de dos, y dijo: “Tome, hijo”. [...] Y de esa forma aprendí a ganarme la vida.²⁴

Tanto para Miguel como para Carmen, el trabajo es la vía mediante la cual se sale adelante. Él es pensionado del IDU²⁵, donde tuvo una historia de ascenso tras ascenso y además una trayectoria política en el sindicato, razón por la que es muy reconocido. Para Miguel, el trabajo es una lucha permanente, y así interpreta la historia del barrio, con unos protagonistas claros que no son más que ellos mismos, los habitantes. Mientras que para Pablo, es mediante la educación de los niños que se sale adelante:

Yo me interesé mucho por lo que es el progreso, porque es libre, noble y me gusta mucho el desarrollo; que la gente sufra y tenga su recorrido, que nosotros los seres humanos, que somos pasajeros, debemos dejar alguna huella. La mía nació del servir a los demás, compartir con ellos, verlos progresar, es lo que he hecho en esta obra. Llevo cuarenta y siete años trabajando en esto y dejar una historia de lo que uno, un ser humano, puede hacer. Por eso, yo admiro a los que hacen investigaciones y luchan por dejar esa historia de ellos y descubrir todo este proceso de la vida, del mundo, que no solo apareció hoy, el día y mañana, el otro día y ya.²⁶

Durante su trabajo en el barrio, Pablo adquirió muchos amigos, pero también algunos enemigos.

Un día tuve aquí problemas muy delicados: [...] unas personas que le habían prometido a otras de que me sacrificarían, una mujer, y entonces ella bajaba y yo subía, y cuando ella se dio cuenta todos los niños se me prendieron ahí a saludarme, y que los dulces y la cosa, felices [...]. Ellos me salvaron la vida y le quitaron una rabia a ella.²⁷

Para Pablo, “la seguridad para un agente de la policía es el niño, porque el adulto es el enemigo; él toma y hace cosas mientras que el niño

24 Entrevista a don Miguel, Bogotá, septiembre del 2007.

25 Instituto de Desarrollo Urbano, dependencia de la Alcaldía Mayor de Bogotá.

26 Entrevista a don Pablo, Bogotá, mayo del 2008.

27 Entrevista a don Pablo, Bogotá, mayo del 2008.

está pendiente a ver qué está haciendo uno, [...] los mejores policías son los niños”.²⁸ El salir adelante para Pablo tiene que ver, más que todo, con la búsqueda de la seguridad, y esta búsqueda es su epifanía mayor.

Para Miguel, el trabajo y la lucha son los elementos que están presentes en todos los momentos de su vida. La disposición para trabajar le ha permitido llegar adonde está y poder dedicarse a su familia y a él mismo, ahora que está viejo. El trabajo presenta regularidades y también toma formas diversas:

A mi mamá le daban un peso con cincuenta al mes, cinco centavos el día, y me hacían trabajar desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche por los cinco centavos, porque me levantaba a las cinco, me tomaba mi changua, mi chocolate y me iba. [...] Pero un día, caí en la tentación de gastarme veinte centavos. Compré una boleta pa'entrar al teatro Olympia en Galerías, doce centavos; cuando salí de la función, me gasté tres centavos en comida y cogí el tranvía, veinte centavos. Entonces yo empecé a decir: “Es que en el granero de don Alfonso, me deben la sal; hoy me la pagan”; y así. Y el juez no tragó entero y llamó al hijo y le dijo: “Se me va con este muchacho y me cobra la sal, yo no tengo pa'fiar”.²⁹

Miguel describe el ascenso durante su vida como una situación inicial, seguida de un evento negativo e inesperado que termina con un golpe de suerte en el que Miguel logra llegar a una situación más favorable que la primera. De su primer trabajo, sale al taller de un ebanista que lo ayuda, y es ahí cuando conoce la Plaza, donde empezó a trabajar luego con un transportador, para pasar después a una editorial como vendedor de cancioneros populares. En la estructura que se repite hay una epifanía acumulativa, expresada en un evento durante la construcción del barrio, el cual, a su vez, se puede considerar una epifanía menor: “Esta manzana fue la última en empezar porque yo tuve un problema con una familia, [...] pero era tan ordenado, trabajábamos tan bien que les ganamos a todos los grupos que nos tenían una ventaja la tremenda”.³⁰

28 Entrevista a don Pablo, Bogotá, mayo del 2008.

29 Entrevista a don Miguel, Bogotá, septiembre del 2007.

30 Entrevista a don Miguel, Bogotá, septiembre del 2007.

Los eventos representativos (o las epifanías acumulativas) de Mariela y de Carmen también tienen que ver con la idea de ascenso, de “salir adelante”. Mariela hace referencia permanente a la escuela, como un referente espacial dentro del barrio y como un elemento que la describe a ella y a sus hijos:

Me ha tocado trabajar también pa' poder parar estos hijos que tengo. Yo trabajé mucho para ellos. Les di estudio hasta donde pude: a unos les di bachillerato, a todos les di bachillerato, pero una sola aprovechó el bachillerato, los otros sí pisaron bachillerato pero no quisieron, pero todos tienen su primaria.³¹

Y para lograr esto, ha debido trabajar incansablemente:

[...] desde cierta edad yo trabajé para levantar a mis hijos: trabajé en una lechería, después trabajé lavando frascos que en esa época se lavaban frascos, y después me eché a trabajar en un restaurante, para poder trabajar y levantar mis hijos, ponerlos a estudiar.³²

La epifanía menor de Mariela es el anclaje que hace de la muerte con su existencia en el barrio:

[...] yo tuve once hijos de la cual no tengo sino seis, todos se me han muerto. [...] Pero a mí me da muy duro la muerte de mi hijo de 36 años, que me lo mató un carro en el Centro. Yo le pido a mi Dios que me deje esos hijos que tengo, porque sí me ha dado todo. [...] Yo soy muy conocida acá en el barrio y por allá en otros lados también, [...]. [P]ara el día del entierro de mi hijo, lo alumbramos acá y fue, uy Virgen Santísima, la gente me cuenta y no me acaban de contar la cantidad de gente, pero es que esta cuadra era que no le cabía un alma.

Carmen, como Mariela, ha dedicado su vida a sacar sus hijos adelante:

[...] para yo criarlos me tocó solita en la vida porque él se fue y me dejó, el padre de mis hijos, se fue y me dejó. [...] Gracias a Dios, los saqué todos adelante a mis ocho hijos. Todos son

31 Entrevista a la señora Mariela, Bogotá, marzo del 2008.

32 Entrevista a la señora Mariela, Bogotá, marzo del 2008.

bachilleres, trabajadores, honrados, honestos, hasta ahora le doy muchísimas gracias a Dios, que nunca en la vida un pícaro en mi hogar, todos hechos para arriba.

Su historia es de rebusque permanente, de dificultades que son superadas “con la ayuda de Dios”, y todo en razón de sus hijos. En un momento de su vida se le presenta la oportunidad de tener un jardín infantil, el cual le permite tener cierta estabilidad laboral y económica; esta es su epifanía menor, en la medida en que conecta el sentido que tienen los hijos en su vida con la consecuente necesidad de trabajar, los dos elementos principales en su historia de vida.

Como el padre me quería mucho, y había muchas señoras que tenían a sus hijos ahí, en el barrio, y yo estaba viviendo dentro de la iglesia, me dijo el padre que por qué no arreglábamos y hacíamos un jardín; le dije que de una, y yo empecé a cuidar niños pequeños hasta de cuatro años.³³

En la vida de Pablo también está presente, en todo momento, la idea de ascenso, pero en este caso asociada con la seguridad individual y colectiva: él trabajó en la Policía Cívica Juvenil en diferentes parques de Bogotá. Cuando trabajaba en el barrio Teusaquillo,

[...] un señor que estaba arreglando allá los parques, que se llamaba Enrique, llegó y me vio trabajando ahí, y de verme cómo trabajaba, con esa personalidad, dijo: “Agente, yo soy presidente de una Acción Comunal reciente, y tenemos un sitio que está ubicado en el barrio Los Laches, pero allá es un rancherío, solo árboles, y necesitamos alguien que nos oriente, que nos ayude, que nos dé base de organización y le demos realce al cariño de los niños”. Entonces de inmediato me llamó la atención y en un noviembre fui.³⁴

En el barrio fundó la primera escuela y la coordinó durante mucho tiempo, pero por diferencias con otras personas, que no son descritas por ninguno de los entrevistados, en un par de ocasiones trataron de asesinarlo. En su historia de vida, estos eventos se convierten

33 Entrevista a la señora Carmen, Bogotá, junio del 2008.

34 Entrevista a don Pablo, Bogotá, mayo del 2008.

en una epifanía acumulativa. Su viaje a ver el despegue del Apolo 11 (la conquista de la Luna) representa, simbólicamente, la idea de progreso que permea toda la vida de Pablo. Es su epifanía menor.

El acto de relatar es una forma de articular la memoria (Fentress & Whickham, 2003), pues es posible establecer puntos de encuentro que trascienden hechos como el habitar cerca o haber participado de procesos conjuntos. A través de los cuatro relatos que guían esta historia se construye un hilo significativo, ramificado en las particularidades de la experiencia personal. Mariela, Pablo, Carmen y Miguel dirigieron sus relatos de manera particular, establecieron un comienzo y, desde ahí, continuaron según los recuerdos iban apareciendo en su memoria; en este proceso, ellos mismos tomaron una posición, su condición actual, su propio balance respecto al pasado. Esa posición se puede considerar como la epifanía revivida (Denzin, 1989) de cada uno de ellos: el acto de relatar —en el contexto de una entrevista— como actualización de las experiencias pasadas.

Los barrios se distinguen por la existencia de referentes locales comunes, espaciales, tradicionales o de costumbres, donde se tejen relaciones vecinales diversas (Castillo, 2002); también, hay referentes de significado, menos tangibles pero, de todas formas, existentes. En los cuatro relatos anteriores están presentes varias ideas: el ascenso (el progreso, el hecho de salir adelante, la realización, el deseo de ser una mejor persona) en pocos, muchos o todos los momentos de la vida; el trabajo como condición permanente para lograr cualquier tipo de ascenso; la colaboración del narrador a los otros, o de los otros al narrador, dependiendo del tiempo que se esté narrando, y, finalmente, los hijos, sobre todo en las mujeres, como razón principal de la existencia.

Los habitantes de un barrio comparten condiciones objetivas de existencia, como los ingresos económicos, el acceso a la educación, las actividades laborales, entre otras, que influyen en su manera de ver el mundo. Pero esto no demuestra que el barrio sea el lugar donde esas concepciones adquieren formas particulares, más allá de las concepciones de clase. A los habitantes del barrio los liga el hecho concreto, pero esencial, de la proximidad y la repetición. Este lugar puede entenderse como esa porción del espacio público en general —anónimo— donde se insinúa cada vez más un espacio privado que se particulariza por su uso práctico y cotidiano (Certeau, 2006).

El compartir a diario actividades, tristezas, preocupaciones, alcances y alegrías en encuentros comerciales o culturales, planeados o casuales, hace que, con el tiempo, las experiencias particulares de los habitantes se colectivicen mediante un proceso casi siempre inconsciente, que sale a la luz en el acto de recordar y, sobre todo, de narrar los recuerdos.

El barrio es el resultado de andar en el espacio público, de la sucesión de pasos por una calle que expresa un vínculo orgánico con la vivienda. Por su uso habitual, puede considerarse privatización progresiva del espacio público o extensión de la experiencia privada; en la colectividad del barrio hay cierta proximidad entre los sujetos, sin necesidad de estar del todo integrados (Certeau, 2006). A su vez, en las historias de vida están presentes significados de vida personales, y a través de estos es posible identificar estructuras generales o colectivas de un grupo (Aceves, 1998; Denzin, 1989). Esos significados que aparecen en las historias son también referencia —junto con los lugares, las tradiciones y las costumbres— para la identidad grupal del barrio.

CONCLUSIONES: LECTURAS, LECTORAS Y LECTORES

La identidad de un grupo barrial se da desde dentro y desde fuera. En el acercamiento a sus habitantes, yo, como investigadora legítima, como cualquier otra persona que se acercara en esta calidad, atribuyo estructuras superiores a lo que los entrevistados narran, y esto no afecta su realidad interior, pero sí es una lectura externa legítima. En los cuatro relatos aquí trabajados es posible establecer confluencias de nombres, escenarios o acontecimientos, pero también de sentimientos y deseos, semejanzas y cercanías que no nos permiten hablar de un grupo homogéneo o de una memoria colectiva en el sentido clásico. El pasado no se confunde en los diferentes relatos, se construye a partir del juego, el encuentro y el cruce en los relatos, de elementos significativos comunes.

El barrio es un conjunto de significados, y su importancia reside en la posibilidad inmediata de exteriorizar, comunicar o articular las experiencias personales de quienes habitan allí. Vender obleas enfrente de una iglesia, dedicarse a enseñar en la escuela del barrio, tener una cancha de tejo o un jardín infantil hacen parte de las prácticas cotidianas, así como asistir a la escuela o a la misa, pasar frente a una casa y saludar, comprar la leche o una cerveza en algún lugar o asistir al

velorio de un conocido del barrio. En estas prácticas hay una inscripción de trayectos por parte de quienes las realizan, tales trayectos se comparten en los momentos de encuentro con otros (los otros habitantes del barrio —o de otros lugares— con otras trayectorias) en los que se está “sobre aviso” respecto al otro, el cual se reconoce en una multitud, que es el resto de la ciudad (Certeau, 2006).

En esos encuentros se comparte más que unas palabras o un espacio de tiempo; allí es donde se pueden expresar, dentro de los códigos establecidos, percepciones de la vida y de situaciones específicas, deseos y sentimientos particulares; estos encuentros se van estampando en las vidas de las personas, dejando marcas que salen a la luz en el acto de recordar. Al relatar los recuerdos, se expresan momentos de ruptura en las vidas de las personas, eventos colmados de significados donde se evidencia una relación con el entorno (Denzin, 1989). Esos momentos, llamados epifanías, confluyen en los diferentes relatos de Los Laches.

La idea del ascenso se relaciona con el trabajo; el trabajo se hace en beneficio de los hijos. Pero el ascenso también tiene que ver con el hecho de “ser una mejor persona”, y el acto de proporcionar educación es concebido como un medio para lograr dicha superación. Esas ideas no están expresadas de manera explícita en los relatos, pero sí están presentes en los eventos relatados; a eso se refiere el concepto de epifanía: eventos que contienen significados.

Se puede llamar *hilo significativo* al hilo que se construye desde las confluencias entre los significados personales de Miguel, Mariela, Carmen y Pablo. En primer lugar, se encuentra el *trabajo*, como constante en la vida de cada uno: Mariela y Carmen trabajaron toda su vida para sus hijos, sus jornadas no terminaban al llegar la noche, sino que continuaban hasta el día siguiente; Miguel y Pablo trabajaron activamente por el barrio, pero, además, trabajaron para conseguir su sustento y el de sus familias; y hoy día, gracias a eso, están pensionados. En estas cuatro personas hay una idea relacionada directamente con el trabajo y es la de *ascenso*, que se traduce, por ejemplo, en el hecho de ser una mejor persona o de adquirir cosas materiales. La casa es un ejemplo común a los cuatro.

La razón por la que constantemente se está buscando ascender, es que hay una búsqueda permanente de *estabilidad*, laboral o económica, que se traduce en tranquilidad. Tanto para Mariela como para

Carmen, quienes se ven estables hoy en día, cualquier cosa que tengan de más sirve para ayudar a los otros, para que no se preocupen por el hambre o el frío. Para terminar, estos tres elementos —trabajo, ascenso y estabilidad— tienen un único fin o son medios para un único objetivo: los *hijos*, la razón de ser de las mujeres y una de las prioridades en los proyectos de vida de los hombres, y además, en sentido retrospectivo, la obra o expresión máxima de cada uno de ellos.

Desde los hijos se puede reconstruir el hilo significativo (se encuentran al final, pero también al comienzo); nada de lo que resulta significativo en la vida sería lo mismo si no fuera para los hijos. Al hablar de los hijos, me estoy refiriendo a dos tipos de hijos, dependiendo de quién habla: para Carmen y Mariela son sus hijos biológicos, los que parieron y criaron, aunque para Carmen también los niños de su jardín son sus hijos o, al menos, los ve maternalmente. Para Pablo, son sus más privilegiados aprendices, pero su labor paternal se extiende a todos los jóvenes del barrio que instruyó en la Escuela Abraham Lincoln (hoy Colegio Los Pinos). Y Miguel, aunque tiene hijos, es un conocedor de la historia y de la vida, y sus conocimientos están abiertos a todo aquel que quiera adquirirlos. Tanto él como Pablo ven en cada joven del barrio un diamante en bruto, una posibilidad de seguir siendo mejores.

Mediante la memoria oral se puede evidenciar —o practicar— un proceso de colectivización de la experiencia personal, que no consiste en el relato de objetos comunes, sino precisamente en el relato de eventos epifánicos particulares y con “significados comunes”, que permiten entender diferentes elementos del grupo, presentes como códigos sociales en la vida cotidiana (Certeau, 2006), relatados de manera concreta, como los objetos.

Cada persona escoge diferentes eventos para relatar, que no son necesariamente los mismos. Pero lo interesante aquí es que los eventos epifánicos, aquellos que contienen significados comunes, tienen que ver con el barrio. El hecho de que la propia casa o la iglesia del barrio se conviertan en lugares de sustento, o de que el trabajo se vea reflejado en la construcción de una urbanización, de acueductos o de vías, o de que el deseo de sacar adelante a los hijos vaya de la mano con la construcción y puesta en marcha de una escuela o un jardín infantil, hablan del significado de esos eventos. Todas estas son expresiones explícitas

e implícitas del sentido colectivo del barrio y del grupo barrial, que se manifiestan en una *memoria barrial*.

Hay una diferencia entre la manera como un grupo se ve a sí mismo desde dentro y como se ve desde fuera. Al igual que la historia enmarcada en una narrativa cuya autoridad “es la autoridad de la propia realidad” (White, 1992: 35), el relato de memoria también toma formas específicas, algunas otorgadas por quien relata, otras por quien escucha. Este es un problema de representación que se encuentra constantemente en los trabajos de memoria barrial. Cuando una persona llega a un barrio en nombre de una institución o avalada por esta, en ella (la persona) se pueden ver posibilidades de diversa índole (económicas y políticas, principalmente), las cuales determinan la manera como “la comunidad” se muestre ante las inquietudes que se tengan: “el performance de la identidad aquí tiene dos caras, una que procura atraer recursos hacia la comunidad (por ejemplo, una ONG), la otra que limita la información disponible para aquellos que tratan de sacar recursos de allí (recaudadores de impuestos)” (Goldstein, 2002: 489).

La memoria de las clases populares está enmarcada, tradicionalmente para la academia, en la narrativa de la *subalternidad*. Bourdieu (1985) plantea que la conversación o el acto de habla son espacios de reproducción social en los que, de una parte y otra, se evidencian y practican las diferencias de capital cultural. Pero más allá de que se dé una reproducción social, hay también un juego de intereses en esa misma dinámica de la reproducción, según lo plantea Goldstein (2002) en su artículo sobre la representación en la etnografía urbana. Mientras que el etnógrafo desarrolla una investigación, el entrevistado (habitante de un “barrio popular” que habla de eventos del pasado) busca resolver problemas cotidianos: “la plata no alcanza”, “sacar adelante a los hijos”, “terminar la casita”, entre otros; así mismo, mientras que el etnógrafo busca una historia subalterna, el entrevistado (como le ocurre a Goldstein en un barrio boliviano) ve o no en su testimonio posibilidades de mejorar su situación y la de la “cultura subalterna” por la que le están preguntando. En ocasiones, estos problemas de representación de los grupos sociales, que además están presentes en todos los grupos, no son tenidos en cuenta.

La existencia de comunidades y el interés por estas tienen necesariamente unas implicaciones políticas, por ejemplo: en la relación de

grupos culturales con el Estado nacional, y por eso es tan importante la manera como sean entendidas. Las que se denominan normalmente “comunidades urbanas” hacen parte de la organización política de una ciudad y, de acuerdo a como se las vea, habrá un particular impacto en la gestión que sobre estas se realice. Es necesario entonces “reconocer que la construcción de comunidad está sujeta a intereses locales y de poder. Aún cuando en ciertos momentos se comparten sentidos comunes, de encuentro, consenso o identificación, no siempre lo local es un lugar común, homogéneo y ajeno a disputas” (Jelin, 2002: 7). A veces, al referirse a la comunidad, puede caerse en el enaltecimiento de esta, convirtiéndola, en últimas, en ese lugar inexistente e inalcanzable o donde “todo es mejor” (Morales, 2002; Bauman, 2003).

ENTREVISTAS

Carmen. (2008, junio).

Mariela. (2008, marzo).

Miguel. (2007, septiembre).

Pablo. (2008, mayo).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aceves, J. (1998). La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación. En J. Galindo (coord.), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México: Addison Wesley Longman.
- Aguado, fray P. (1956 [¿1570?]). *Recopilación historial. Primera parte*. Consultado el 4 de septiembre del 2008 en www.lablaa.org/blaavirtual/historia/rehisi/rehiso.htm
- Bauer, M. W. (2000). Narrative interviewing. En M. W. Bauer y G. Gaskell (eds.), *Qualitative researching with text, image and sound. A practical handbook*. London: SAGE Publications.
- Bauman, Z. (2003 [2001]). *Comunidad: en busca de seguridad en un mundo hostil*. Traducción de Jesús Alborés. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (1985 [1982]). *¿Qué significa hablar?: economía de los intercambios lingüísticos*. Traducción de Esperanza Martínez Pérez. Madrid: Akal.
- Castillo, M. G. (2002). Construcción cotidiana de las territorialidades vecinales y barriales. *Cuicuilco*, 25(9), 289-299.
- Certeau, M. de. (2006 [1988]). *La invención de lo cotidiano*, tomo II. Traducción de Alejandro Pescador. México D. F.: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

- Chourio, A. E. (2001). Hacia una interpretación de la dinámica barrial en Maracaibo. *Revista Mexicana de Sociología*, 1(63), 177-200.
- Connerton, P. (1996). *How societies remember*. New York: Cambridge University Press.
- Cordovez-Moure, J. M. (2004 [1899]). *Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Denzin, N. (1989). *Interpretive biography*. Newbury Park: SAGE Publications.
- Fentress, J. & Whickham, C. (2003 [1992]). *Memoria social*. Traducción de Carmen Martínez Gimeno. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Goldstein, D. M. (2002). Desconfianza and problems of representation in urban ethnography. *Anthropological Quarterly*, 3(75), 485-517.
- Gravano, A. (2003). *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio.
- Gravano, A. (2005). *El barrio en la teoría social*. Buenos Aires: Espacio.
- Halbwachs, M. (2004 [1950]). *La memoria colectiva*. Traducción de Inés Sancho-Arroyo. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Massolo, A. (1994). Las políticas del barrio. *Revista Mexicana de Sociología*, 4(56), 165-183.
- McDonogh, G. (1992). Bars, gender, and virtue: myth and practice in Barcelona's "Barrio Chino". *Anthropological Quarterly*, 1(65), 19-33.
- Mendoza García, J. (2004, otoño). Las formas del recuerdo. La memoria narrativa. *Athenea Digital*, 6 [revista electrónica]. Consultado 5 de mayo de 2008 en <http://antalya.uab.es/athenea/num6/Mendoza.pdf>
- Morales, P. (2002). Comunidad. En M. Serge *et al.*, *Palabras para desarmar: una mirada crítica al vocabulario del reconocimiento cultural*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Ramírez, J. (1981). *Algunos problemas ideológicos de una comunidad urbana*. Tesis de pregrado, no publicada. Universidad de los Andes.
- Salas, P. A. (1998). Policarpa. En una noche amanecía un barrio. En Acción Comunal Distrital, *Bogotá, historia común*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Santafé de Bogotá.
- Schulman, S. (1967). Family life in a Colombian "Tugurio". *Sociological Analysis*, 4(28), 184-195.
- Schwarzstein, D. (2002). Memoria e historia. *Desarrollo Económico*, 167(42), 471-482.
- Torres, A. (1993). *La ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá 1950-1977*. Bogotá: CINEP.

- Torres, A. (1999). Barrios populares e identidades colectivas. En *El barrio: fragmento de ciudad*. Bogotá: Carbajalino Bayona.
- Truex, G. (1996). "Barrio" as a metaphor for Zapotec social structure. *Ethnology*, 3(35), 203-213.
- Viviescas, F. (1986). Identidad municipal y cultura urbana. *Revista Mexicana de Sociología*, 46(4), 51-71.
- White, H. (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación*. Traducción de Jorge Vigil Rubio. Barcelona: Paidós.